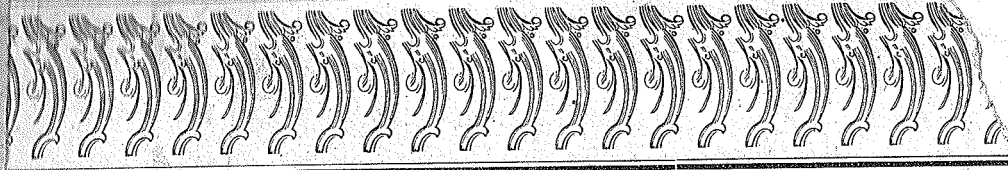


3503



E-98
ADRA

ALEJANDRO ANDRADE COEL

EL OCASO

DE LOS

CONQUISTADORES



QUITO, - ECUADOR, -- Imprenta Municipal. -- 1934.

EL OCASO

DE LOS

CONQUISTADORES

El singular pueblo español, a lo largo de su historia de prodigios, ha escrito con soles la epopeya moderna.

Españoles rodearon las carabelas que se aventuraron por el mar tenebroso y desconocido. Al verlas ahora, en el remedo del arte, parece inverosímil que en esas embarcaciones de juguete hayan desafiado el furor de las olas que hacen temblar a los trasatlánticos y ciudades flotantes.

Realizó la invicta madre el milagro de la plantación de su cultura en las vastas tierras que bañan dos océanos y besan muchos mares.

Por la mano segura de un sublime sembrador y visionario, se esparció la fecunda semilla que una parte de la actual generación hispana ha intentado que saliera, como nuncio de la tradicional aventura y del perseverante carácter, de la vetusta y señorial Póntedra, en vez de haberse cosechado en la gloriosa y mercantil Génova.

Trasplantó España desde su bosque sagrado la encina secular, cuyas frondosas ramas proyectan su benéfica sombra en el Nuevo Mundo, multiplicándose en retoños auspiciadores de paz y de ventura. Los regaron frescas linfas, que son los raudales del idioma, que del manantial latino descendieron para fecundar civilización, arte, letras y leyes.

El Rey Sabio fijó en aquella enciclopedia jurídica de las Siete Partidas las primicias de la naciente parla, que fué la elegida para cantar los fueros y las gestas, las conquistas y las excelencias del espíritu hispano.

¡Cuán deslumbrador el desfile de constelaciones en el universo de la lengua de Castilla, desde los antiguos tiempos del fervoroso Gonzalo de Berceo, el de las místicas prosas que rezó el poema de sus creencias con la sencilla unción de los inspirados, hasta los Jiménez, Marquina, Villaespesas, Leones, Carreres, Díaz de Escobar, Machados de hoy día!

Contagiado del buen amor, que hace grata la dura existencia, el famoso Arcipreste de Hita mezcla, con su añejo vino satírico, distintivo de la raza, el agua tonificante de lo religioso y lo profano, robusteciendo el irónico diálogo de la miseria y dualidad humanas,

que reanudarían más tarde, en el escenario político y social, el supremo señor de Quevedo, el sutil Cervantes, don Mariano de Larrea y el agudo Camba.

Cual suave música de frescas notas se escuchan, al través de los siglos, las donairosas serranillas del Marqués de Santillana, que abre paso al monumental exámetro castellano, que con Boscán sería yámbico, apto para las rítmicas lirás del magnífico Fray Luis de León, el de las odas sempiternas, y para las estrofas fundamentales del raudo Zorilla, del pindárico Quintana, del ardiente Espronceda, del rotundo Núñez de Arce y del amable filósofo Campoamor, el escéptico burlón, que, de las cosas pequeñas, entretegió las hondas filosofías de sus doloras y humoradas.

Idioma rico, heroísmo sin par, arte suntuoso, ingenio inagotable, teatro de ubérrimos prodigios, inimitable novela picaresca, aventura galante, entusiasmo loco, sentimiento caballeresco, fiebre ascética que cautiva sus espíritus, fe impulsiva que a sangre y fuego se propuso la utopía de la unidad de doctrina, implacablemente hostil contra herejes y adversarios, viviendo están en los anales hispanos, cual si fueran el perennal romancero de sus Cides, Pelayos y Loyolas.

La idea de la muerte, de la que los aventureros demuestran reírse con temeridad, es la obsesión de la raza hispana, en medio de las escenas frívolas y de los arrebatos del honor, como el tiute elegíaco se ve tomando parte en la gama de sus más vivas alegrías. Se dijera que no se han olvidado todavía las coplas melancólicas y las imágenes fugaces de Jorge Manrique, impregnadas de la brevedad de la vida, comparada a los ríos que en veloz carrera van a parar a la mar, que es el morir.

Y en medio de todo, la pujanza de la raza es inacabable, vigorosa su juventud, dispuesta a las grandes conquistas: antaño venciendo la maraña de las selvas esmeraldinas con el Adelantado Alvarado: hoy día rasgando las nubes con el intrépido aviador Franco. La fecundidad de Lope de Vega es símbolo de las glorias españolas, renovadoras a cada paso del numen de los fénix del ingenio que viajan, como huracanes y trombas, por el universo de las concepciones, en el campo imaginativo con sus novelistas, en el azul de las hipótesis científicas con Ramón y Cajal, Torres Quevedo, Marañón, Letamendi, Asuero, Rubio, Pi y Suñer. El Amazonas clásico, el del siglo de oro, se dilata con la majestad de lo inmenso e inagotable, como para inundar de belleza al planeta.

Para encomiar tus virtudes, ¡oh, España mayestática!, pediría al meliflúo Garcilaso de la Vega su plectro de argento y su rabel pastoril de ternezas a Meléndez Valdés, que evoca al delicado Anacreonte; a Gustavo Bécquer, sus rimas espontáneas de honda sugerencia; a Castelar, al mago de la palabra, sus períodos cadenciosos; a Valle Inclán, su atildade frase, propia para las rítmicas sonatas; a Ricardo León, sus oraciones buriladas a la manera de los maestros de la centuria décima sexta; a Martínez Ruiz, su frescura azorinesca, ávida de pesar los quilates literarios; a Benavente, sus animados parlitorios, auscultadores de almas.

Y entonces, labraría, en mármoles y bronce, con buril de Querol, Macho y Juan Cristóbal y colorido de Zuluaga y Sorolla, tu valía imponderable, ¡oh, España!, tu honor tradicional y gentileza, tu nunca desmentida bizarría, que ha grabado, a través de las edades, la apo-

teosis de heráldicas proezas, merecedoras de ser promulgadas por las trompetas del órgano de Rueda.

¡Madre prolífica de las Américas! Eternizaste la areonáutica hazaña de Jasón, en busca del oro extraído del virginal imperio del inca y del azteca, a cambio de la civilización que trasladaste al Nuevo Mundo, que jamás podrá desconocer tus esfuerzos inauditos. No disminuirá el amor que te profesa, si le diste, con su idioma, el corazón, que es el beso de las hegemonías del espíritu. El bien y la belleza fueron la auténtica empresa de tus quimeras, que a lo grande te concitaron, firmemente convencida de que vale más ser loca a lo Quijote, vestida de altruísmos, que afeminada y cuerda cortesana que acaricia sólo lujos materialistas.

¡Mil veces bendecido el pueblo que mantiene ideales y conserva tradiciones! Si la vida es ruin, soñar consuela inefablemente; si la vida es breve, conforta respetar el pasado. Domó España al centauro de los males, con magia de ilusión y fulgor estelar que está aclarando la selva de sus acciones sorprendentes que fatigaron a la victoria.

Tu raza arraigó en América el laurel de la acción que añoran centurias de centurias, porque fué laurel apolíneo, triunfal y juvenil. Comprendiste siempre que la fama es pasajera, si no se funda en hechos que salvan del olvido la grandeza ética y el nombre nacional.

Madre de águilas y cóndores, de leones y jaguares, tus guirnaldas de rosas y claveles no ha de atreverse a desflorar el ciclón del tiempo. Ceñidas a tu gloriosa frente, fulgirán tan lozanas como auroras boreales, cual soles en cenit. En tus fastos se registran jornadas culminantes. San Marcial, Tamames, Bailén y Arapiles son teatro esquiliano de hispánica lid. No es posible desconocer lo que en hierro pulido se grabó. Fuiste la iconografía de Samotracia. La mensajera alada ha traído trofeos y estandartes que alcanzan millares de diestras, tremolándolos ufanas, por España y por sus hijas, por los adalides de la raza que levantaron sus tiendas de campaña en cien pueblos remotos.

Zaragoza y Cádiz, Albuhera y Gerona están pregonando tus méritos. Orcilla y Valbuena dirán, en bronceas octavas reales, la pujanza de los descendientes del Cid y de Bernardo de Carpio. Mendoza, Melo, Moncada, Mariana, Zárate, Solís, Lafuente, Valera, Mérida, Fita, cien cronistas y cien legendarios historiadores, en fácil, sonora y castiza parla, fijarán los pasmosos episodios de la Iberia viril.

En el concurso de tus talentos, se alza, como un rey, Cervantes, el Manco divino, sabio analista del corazón humano. No sólo Lepanto aplaude su arrojo: el mundo, como el poeta dijo del Chimborazo, al hablar de Bolívar, (*) se inclina ante el humorista, el genio, el paladín, valiente y magnánimo. Enseñó risueño; su irónica risa resuena al través de las edades y es lección sutil para las ge-

(*) Olmedo, enalteciendo al Vencedor de Miñarica, quiso que el "rey de los Andes" inclinara su alba frente. — "Poesías". — (La Victoria de Miñarica dedicada al General Juan José Flores).

neraciones. Supo desentrañar el misterio de la psicología humana y exploró doctamente con su bisturí las entrañas del monstruo social. Sobre su pavés colocó, burla burlando, la dualidad ridícula del caballero, curó al fin sus dolencias, le infundió verdades, le saturó de poesía, le inclinó a pensar, movióle a gemir.

Augustal España, te es suficiente, para que sea noble tu proge y te respeten los pueblos del orbe, abrir las diamantinas páginas de tu Quijote. Sus enseñanzas no olvidará la América. Ha de preferir hermosas quimeras y sólidos afectos a lucrativas ansias y rastreras ambiciones. Eres grande en todo, España, hasta en los defectos que legaste a tus connotados. Don Alouso, el Bueno, es santo de tu devoción, porque es el caballero andante de la idealidad.

Pluma legendaria de la vigésima centuria narró tus jornadas de gloria, en los "Episodios Nacionales" de Benito Pérez Galdós, que son uno de tus gigantescos tesoros. España guerrera, tu imperio fue el mundo. Audaces viajeros sembraron, cual en la vía láctea de tus heroísmos, los fúlgidos astros del valor. Racial es tu hegemonía.

Por donde quiera, esparciendo arrojo y bravura, con el honor en el pecho y la espada al cinto, soldados de acero, de espartana hechura, marcharon con Carlos Quinto, el del vivo arrebol que se convenció de que su augusto estandarte flamaría siempre gallardo, porque ¡oh, España! en tus magnos dominios no se puso el sol.

Oíd Salamanca: las bíblicas citas se esfuman, si bate sus alas la ciencia. La riqueza brota para las empresas inauditas, pues la leyenda repite para dar inspiración a la poesía, por medio de la bella fábula, que una reina castellana vendió sus galas para alentar el sueño colombino que por la Raza fué realidad.

Pasmosa aventura y subyugación al miedo, resumen, España, tus férrreas virtudes. ¿En dónde no se admira tu genial desnudo? ¿En qué zona, en qué latitud dejan de aplaudirse las gestas de América y de sus ascendientes?

¡Temeraria ruta la de las carabelas! Locura sublime ¡oh, hermanos Pinzones! ¿Por el mar tenebroso tan frágiles velas? La trompa épica rememora el 12 de Octubre, el hosanna de Colón, que fué con la España fuerte a donde la Europa se negó preceder. El genio del Almirante logra domar a la muerte y ensordecen los rugidos del piélago ignoto. Después, le imitan los bravos lusitanos y otros audaces exploradores y protagonistas de la secular conquista. ¿Acaso fué un delirio? El pensar aterra. No hay costas, la brújula se perturba, los tripulantes conspiran, todos claman por el desaforado regreso, hasta que el grito de Rodrigo de Triana saluda a la ansiada tierra.

¡Selvas seculares de León y Castilla! ¡Prometeica estirpe la de Hernán Cortés, Balboa y Pizarro! De aquella simiente, mil conquistadores brotaron después. Cada cual fatiga al Pegaso de las magnas epopeyas, que aligero vuela por América. Si erraron algunos, su valor les salva.

Esta raza de leones, tras dificultades sin cuento, corona la empresa de la conquista de América; pero no obtiene la felicidad en la épica obra.

Los que no regresaron pobres y aherrojados a la Península, acabaron por devorarse entre sí, como hambrientos chacales. La presa para ellos era el oro. También la ambición de poderío. Víctimas de las rivalida-

des, del odio, de la codicia, se destrozaron bárbaramente los miembros de la familia española, que se disputaban honores, dominio, privilegio; tierras y áureos hallazgos, rico botín de guerra.

El Cabildo, reminiscencia religiosa, viene en el campo civil a ser germen de disturbios en las fundaciones españolas.

Si la conquista, dramática y sangrienta, sembró de cadáveres no sólo el campamento adverso, sino el propio, el de los conquistadores, en acción suicida; la época colonial puso en el surco simiente de intolerancia, de pobreza de espíritu, que fomentó disgustos sin medida en el hogar español, que echó las raíces del aborrecimiento al mestizo y fué manantial de luchas entre españoles auténticos y americanos.

«Toda historia palidece ante la historia del descubrimiento y conquista de la América, porque en ella hay el interés de la sorpresa que causó el hallazgo de un mundo que, como Venus, salía de entre las ondas del mar: mundo que tiene montes de plata, ríos que arrastran oro, ricas minas de diamantes y esmeraldas, inmensos bosques de cacao, de quina y de caucho, aves de magníficos colores que hablan como el hombre, donde el hombre, el dulce indio, no se parece al resto de la humanidad, y, en fin, donde todo, animales, plantas, cordilleras, tienen un sello de juventud y de grandeza especiales, distinto de lo conocido en el antiguo continente» (1).

Sin embargo, no gozaron pacíficamente de este paraíso. La naturaleza bravia de los conquistadores, unida generalmente a su ignorancia, les impulsó a cometer crueldades y atropellos inimaginables. El edén fué trocándose en un infierno, especialmente cuando se agotaron las fortunas y fué secándose el áureo manantial.

En una de las guazabaras o combates con los indios, muere el General Ambrosio de Alfínger. Las tropelías eran de parte y parte, pero mayores los actos inhumanos de los españoles. Veamos este caso terrible.

«Caminando por aquellas asperezas de tierra, vinieron a dar en el valle de Rabichá, muy poblado de naturales y todos puestos a punto de guerra (como también lo estaban los valles circunvecinos) y así en todos los que anduvieron los soldados por aquella comarca, tuvieron guazabaras con los naturales, que las comenzaban y acometían con buen ánimo, aunque siempre llevaban la peor parte, por ser tan flacas sus armas y fuerzas y acabárseles presto todo, poniendo después su defensa en la huída en que siempre por ir sin orden suelen ser los peor librados en las guazabaras. Con todo esto, en una de ellas, que se dio en el valle de Rabichá (entre algunos que murieron) cortaron la cabeza los indios a puros golpes de macana (con grandísimo tormento suyo) a un criado del General, o mejor decir, ministro de Satanás, que tenía al parecer bien merecida aquella muerte cruel, por haberlo sido él, tanto en muchas que dio a los indios de esta manera: llevaban las cargas metidos los cuellos en una cadena de hierro (que llaman corriente) en que suelen ir ocho o diez, pero puestos

(1) Medardo Rivas. Prólogo del Editor en la obra "Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales", por Fr. Pedro Simon, del Orden de San Francisco del Nuevo Reino de Granada. Bogotá. Imprenta de Medardo Rivas, 1882

de tal manera, que cuando han de sacar la cabeza a alguno del medio de la corriente, han de sacar primero a todos los que están en ella al uno o al otro lado, pues cuando sucedía que alguno de estos miserables cargueros se cansaba como quien sentía la carga y hambre (como los demás que no iban cargados) y se caía en el suelo o se sentaba por no poder más (especialmente siendo como son de fuerzas tan débiles), llegaba este cruelísimo verdugo del infierno, que los llevaba a su cargo, y por no detenerse a sacarlo de la corriente para que descansara, le cortaba al pobre cansado la cabeza y se lo dejaba allí, pasando adelante» (2).

El escritor venezolano Rufino Blanco-Fombona, en un libro medular, "El Conquistador español del siglo XVI", ha estudiado el alma de los que con su espada se abrieron paso en la selva americana, poniendo de manifiesto la clase social a que pertenecieron, el sueño de oro o "fiebre amarilla", como denomina a esta locura, a que se entregaron, su crasa ignorancia, su religiosidad, su tendencia heroica, su actividad dinámica, el profundo sentimiento de su personalidad, la conciencia de su propio valer y su desmedida crueldad, que desconcierta.

El autor ha vivido muchos años en Madrid, colaboró en su prensa, fundó una casa editora y ama a España. No por esto atenúa los vicios de los conquistadores, al destacar sus virtudes. No es debilidad de afecto desconocer las flaquezas de esos hombres extraordinarios que, al par que llenaron de gloria a su patria hispana, la cubrieron también de baldón. Su valor, que pasma, que seduce, inclina a ratos a olvidar tantas maldades, erupciones de su bajo instinto, que salió de la plebe o de los presidios. Pocos quizá los de estirpe notable, que pudieran, por la educación, borrar las ferocidades del guerrero con la práctica de alguna caballeridad.

"El espíritu español tiene dos caras como el Jano del mito griego. Por una cara, lo soporta todo con entereza: es el lado estoico fatalista; por el otro lo desprecia todo: es el lado místico" (3).

Hijos del pueblo, carne de cañón, soldados oscuros, expósitos, porquerizos, criados, osaron la magna aventura, porque nada perdían en ella. Al contrario, si se jugaban la vida, iban a probar fortuna y abandonaban las cárceles o la más negra prisión, que es la pobreza e insignificancia. Estos audaces pigmeos, prepararon la mesa para el banquete de los grandes que vendrían a gobernar, sin haberse tomado el trabajo de sufrir y exponer su piel en cien peligros.

Sutilmente observa Blanco-Fombona que la crueldad española en el Nuevo Mundo se multiplicó a causa de que a los rudos conquistadores les faltó el amor, la compañera. Las leyes de Indias prohibían la inmigración de españolas solteras a América, observa. «Puede decirse que aquellos hombres formaban una sociedad sin familia, como las hormigas y las abejas. La dulzura de este sentimiento de hogar es nota ausente en aquellas aventuras y entre aquellos aventureros.

(2) Libro citado. Primera Parte. Pág. 46. Capítulo VIII.

(3) Rufino Blanco-Fombona. — "El Conquistador Español del Siglo XVI. — Ensayo de interpretación". — Editorial Mundo Latino. — Madrid.

Otras pasiones sustituyen al amor. La sensualidad satisfecha con indios da origen a la raza mestiza. Se considera virtud social el que no haya tenido a menos el español cruzarse con la raza vencida. Mucho de cierto hay en ello. El español cruzóse con el árabe en Europa y con el indio en América. Al cruce con el indio lo predispuso ya el haber convivido y el haberse cruzado con el árabe. Pero podemos creer que, de existir mayor número de mujeres españolas en los primeros años del establecimiento de España en el Nuevo Mundo y, aún después, los españoles las hubieran preferido para enlazarse y hubiera, por tanto, existido en América, desde entonces, un núcleo superior de raza caucásica. No hay para qué insistir aquí sobre los beneficios que esta mayor cantidad de sangre caucásica hubiera reportado a América. La crueldad culmina. ¿Por qué? Entre otras razones, porque la crueldad no se encuentra allí templada, en los primeros tiempos de la conquista, por una vida social estable, con relaciones, compromisos, deberes, suaves o enérgicas coacciones, ni por la presencia de la mujer y la dulzura que infiltran en el carácter más bronco la existencia del hogar» (4).

No lo tuvieron en su primera patria, menos en la adoptiva. La brutalidad tomó gigantescas proporciones y fué apoyada por el fanatismo y por la ausencia de respetos femeninos. Mal inmenso creerse superiores y juzgar que la vida de los pobres indios valía bien poco. Ni el oro les aplacó. España, desde la lejanía, hacía esfuerzos desesperados por imponer orden, moral, conducta evangélica en los campos de América, dictaba leyes que eran burladas, y en vano amonestaba el cumplimiento del deber, porque todo era ludibrio para el conquistador que, con la vesania de buscar caudales, pasaba por las mayores iniquidades. Ninguna conquista es piadosa. Se la ejecuta a sangre y fuego. La suerte de los vencidos es deplorable. ¿Cómo no la sería la de los que contaban con pocos jueces y defensores y tenían la puerta de la impunidad abierta para los vencedores que argumentaban con su espada y con los cascos de sus corceles? Algunos rasgos que guardan el perfume del sentimentalismo humanitario, se aproximan, en el fondo, a la leyenda. No es caso único la depravación de entrañas de Ampudia, que, según refiere el Padre Niza, puso brazas candentes en los pies de Luyes, gran señor quiteño, para arrancarle alguna confesión acerca del áureo caudal escondido, perteneciente a Atahualpa. También quemó vivo a Chamba, sin culpa alguna, y a Cozopanga, antiguo Gobernador de Quito, que vino en són de paz y no trajo oro en cantidades. Igual suerte corrieron «otros muchos caciques y principales».

El recuento que se apunta de la piedad de Las Casas, apenas sirve para confirmar la regla, y algunos hasta han llegado a ponerla en tela de duda.

Ensombrece el espíritu pensar en la suerte de los conquistadores, en su tramonto. Su augusto Capitán, Cristóbal Colón, fué víctima de la calumnia y del odio implacable. Con sagacidad, logra

(4) Id.

apaciguar algunas rebeliones y mantener el orden. Los que no hallan oro a manos llenas, le creen responsable de su miseria. Las quejas llegan a la Corte. Las da crédito el Rey Fernando. Isabel muéstrase fría y ya no le defiende. Viene a inspeccionar su conducta un enviado real. Este comisario es el fatídico Francisco de Bobadilla, hombre cruel y ambicioso, que pretendía gobernar la Isla Española. Le hizo comparecer al tribunal de Santo Domingo. El almirante pudo defenderse por medio de las armas. Tropas leales le rodeaban. Su hermano estaba cerca... Pero, leal a sus reyes, se presentó a oír su sentencia. Bobadilla, sin escucharle, ordena que le remachen grillos y le hundan en negro calabozo.

La filosofía de la historia se desconcierta al meditar en el premio que obtiene el inmortal descubridor. Bobadilla es el símbolo del mal.

“No estaba aún satisfecho el furor de este hombre, necesitaba, reclamaba otras dos víctimas: los dos hermanos de Colón fueron también cargados de cadenas y conducidos a un navío particular. Fómase causa a los tres hermanos y Bobadilla los sentencia a muerte, sin seguir los trámites de justicia; pero retrocede y se estremece ante la ejecución de tan horrible sentencia: figúrasele que algún día podrán pedirle cuenta de aquella sangre tan noble y tan pura que ansía verter sobre un cadalso. Confía, sin embargo, en que su pariente el obispo de Badajoz, enemigo declarado de Colón, consentirá en que se ejecute la sentencia. Deleznable embarcación va a transportar a los prisioneros a España, con el proceso en que el juez había violado tan descaradamente todas las leyes y todos los principios de justicia y humanidad. Apenas se hicieron a la vela los navíos en que iban Colón y sus hermanos, el Capitán Alonso Vallejo, lleno de respeto y compasión a su ilustre preso, se arrodilló ante él para quitarle las esposas. “Vuestro preso, dijo el almirante, debe seguir conforme se os ha confiado: estos grillos que queréis quitarme, los llevo puestos de orden de mis soberanos; sólo ellos tienen poder de mandármelos quitar, y yo me quedo con ellos para probarles mi completa obediencia”. Siguió, pues con los grillos hasta llegar a España” (5).

Por fortuna, un piloto de alma generosa logra partir oportunamente con delatora carta de Colón y entregarla a la reina, la que, conociendo el relato de tamaña injusticia, vitupera la conducta de tan cínico verdugo, que es reemplazado con Nicolás Ovando, quien llega a tiempo, «antes que las minas se convirtiesen en sepulcro de la población indígena». Se apresura a dar libertad a los indios y abolir la esclavitud. (6)

(5) “Historia del Descubrimiento y Conquista de América” por el célebre escritor alemán Joaquín Enrique Campa de Deensen. Traducida al Castellano por Francisco Fernández Villabrille. Valparaíso. — 1860.

(6) Con elocuencia conmovedora cuenta Lamartine que en su modesta habitación de Segovia escribió con mano temblorosa su testamento en la página en blanco de un breviario. “Aquel anciano abandonado por el universo y tendido en un lecho de indigente en una casa de alquiler de Segovia, disponía en su testamento de

En el fondo del mar—lecho que cobija muchas pasiones,—hallan su tumba Bobadilla, Francisco Roldán y muchos de sus secuaces, hundidos con todos sus tesoros. Por su orden fue preso y engrillado Rodrigo de Bastidas, que no tuvo sombra de culpabilidad.

Con fortuna y barcos, con su inteligencia y persona, concurrió al descubrimiento de América el intrépido marino Martín Alonso Pinzón que ha ilustrado a Palos de Nogue. Le sirven para la empresa la experiencia adquirida en sus viajes por las costas de Africa y el Mediterráneo. Infunde ánimo a los pusilánimes y es el alma de la Pinta. Esta gloria de Huelva, esta segunda figura de la inmortal odisea, halla su ocaso entre las sombras del convento de la Rábida.

Su hermano Vicente Yáñez Pinzón, que adelanta la octava parte de los gastos del primer viaje colombino, coopera activamente con su hermano y toma el mando de la frágil embarcación de velas latinas cuyo nombre parece irónico: la Niña. Pudo llegar a ser un Crespo, pero modestamente se contentó con servir a su patria ¿Cuál fué su destino, posterior a 1523, en que piérdese el rastro de su vida?

Pena profunda enluta el corazón de Hernán Cortés, al que cantó Solís como a novelesco paladín, conquistador de México. Trátaule en la Corte con estudiada indiferencia. El astro de sus proezas va poniéndose melancólicamente en la penumbra de su ancianidad, ya sin poderío ni fortuna.

Alonso de Ojeda, célebre conquistador español de la ciudad de Cuenca, que acompañara a Colón en su segundo viaje, con el triste objeto de vigilarle, según dicen, agoniza en la miseria. Percatado quizá el sagaz Almirante del indecoroso papel de su camarada, le confía el mando de una de las carabelas para conquistarle con esta generosidad. Ojeda reconoció tierras de Cibao y pasó el río Yuqui, en abundante cosecha de oro. Siempre la felonía y la crueldad se hacen ostensibles en aquellos pechos aventureros. Con engaño apresa al cacique Canoabó y le pone dorados grilletes, convenciéndole de que esos objetos, para él desconocidos, eran preseas reales. En la misma moneda le cobra Talavera, que ordena poner grillos a Ojeda.

Otro que muere en el cadalso, Talavera. En cuanto a don Alonso de Ojeda, después de incontables peripecias, que se dirían inverosímiles, fallece en Santo Domingo, «tan pobre, que fué enterrado de caridad».

Otro Alonso de Ojeda, de fecha posterior, llega a los dominios del cacique de Cumaná, en el desapoderado anhelo de atrapar riquezas. Recibido cordialmente, abusa de la confianza del jefe indígena y de modo violento se apodera de tres docenas de indios. Los traslada a su barco con el vedado fin de venderlos como esclavos. Como tratara de repetir la punible hazaña, encolerizados los indios le dan muerte, en unión de seis de

mares, hemisferios, islas, continentes, naciones e imperios. Instituyó por heredero principal a su hijo legítimo Diego, y faltándole éste, le sustituía en derechos su hijo natural Fernando; y si el mismo Fernando moría antes de tener sucesión, la herencia pasaría a su querido hermano Bartolomé y a sus descendientes". "Civilizadores y Conquistadores" por A. de Lamartine. Traducción del francés por F. Norberto Castilla. Tomo I.—Madrid Librería de la viuda de Hernando y C^o.—Calle del Arenal. Núm. 11.—1889.

sus compañeros. No perdonaron ni al vicario ni al lego, por creerles cómplices del despojo.

En Cuba deja sus restos Hernández de Córdoba, que otros le denominan Fernández, que había avanzado en sus expediciones a Yucatán y la bahía de Campeche. Cerca de Potonchán recibió mortales heridas, de las que ya no pudo salvarse.

En la ciudad de Jerez de los Caballeros había nacido Vasco Núñez de Balboa, que descubriera el Mar del Sur. Joven pobre, entra al servicio de Pedro Portocarrero. En 1501, se separa de él para partirse a la América. Los cronistas le han pintado física y moralmente con aplauso. Antonio de Herrera elogia su prudencia, buen ánimo para hacer frente a los trabajos «muy generoso con todos, discreto para obrar, tan hábil para mandar a los soldados, como intrépido para conducirlos a la pelea, en la que nunca vacilaba en ocupar el puesto de mayor peligro». Tal lo confirma también Las Casas.

Se alista entre las tropas que reclutara Rodrigo de Bastidas. Equipadas dos carabelas, se confía éste del hábil piloto Juan de la Cosa. En mala hora llegan a la Isla Española donde gobernaba el funesto Francisco Bobadilla, tan cruel como codicioso, que apresa a los naufragos y les secuestra embarcaciones y ripuezas. Recobran la libertad, mas no su cargamento precioso.

De colono estaba Balboa en la isla, pasando sus días en la obscuridad, cuando, en un rasgo de intrepidez en que se jugaba la vida, se hace conducir a bordo dentro de una barrica que es colocada en la cala. Con esta treta, burló la estricta vigilancia en las naves del bachiller Martín Fernández de Enciso. Mal le acoge éste en alta mar, pero se serena y le admite en su servicio, creyéndole necesario por su ingenio y valor. Cerca de Cartagena de Indias, Enciso naufraga y perecen muchos de sus soldados al desembarcar, víctimas de una celada de los indios. Cuando desilusionados tratan de regresar a Santo Domingo, Balboa les arenga, dándoles ánimo y se ofrece a guiarles a la desembocadura del río Darién, en el golfo de Uraba. Aceptan, reanimados, la idea. Pronto obtienen fácil victoria contra el cacique Cemaco. Su arrojo le convierte en jefe moral de la colonia. Figura como gobernador de Darién, organiza otra expedición a Dobayba y conoce al cacique Alibeyba, que residía en un pueblo aéreo, entre los árboles, a causa del terreno pantanoso. Proyecta la arriesgada empresa de atravesar el istmo centroamericano. Desde el pueblo de Cuareca, trepa solo a una difícil cumbre.

Desde allí es el primero en contemplar el Océano Pacífico.

Abismado escruta la infinita sábana cerúlea Vasco Núñez de Balboa, saludando, con el alma, su tranquila inmensidad. De alcatraces y gaviotas, en brumosa lejanía, va aleteando una bandada: los escopos en la cresta del gigante se pasean, se zabullen en sus ondas y sacuden grises alas. La vegetación marina a lamer llega la costa: flotan lotos colosales, flotan líquenes y algas. Por allá, bloques erráticos que descuajó el ventisquero, a la margen del océano, sus picachos desparraman. El pacífico escaqueo del temible rey acuático complace al guerrero jerezano. Mar de calma. Mar Pacífico le llama, por sus olas adormidas. En su seno penetrando, acaricia aque-

llas aguas, y otra vez, con inefable regocijo, las saluda, como dios de un universo que conquista para España.

¡Oh, mar desconocido de escamas de zafir! ¡Oh, monstruo apocalíptico que te siento dormir! ¡Oh, mar! ¡Oh, mar pacífico, que acallas tu rugir! ¡Salve azulinas ondas como llamas de alcohol! Tu faz esplendorosa, tus visos de arrebol, en mil iris transformas, cuando agoniza el sol.

Incansable como el líquido elemento, el pensamiento de Balboa, se dilata por los vivos horizontes de la patria. Ve sus valles y sus montes y los días juveniles en que sueña con gloriosas aventuras y bravuras de los nobles capitanes que realizan odiseas de titanes, en difícil, brumoso derrotero. Le sonrío protector Portocarrero. Las empresas atrevidas de Rodrigo de Bastidas, añora Vasco. Se coloran de los tintes de la rosa del ensueño las comarcas que descubre con empeño; su lejana Tierra Firme, que alborea, y su espíritu recrea, entre el Cabo de la Vela y Urabá. Más allá la figura está de Enciso con su flota de valientes. Triste el héroe, ¿qué divisa?, se pregunta. La neblina, que despliega su cortina, cubre el piélago anchuroso de fantasmas y de arcanos, de dantescos cambiantes y de pasmos esquilianos. ¡Oh, marinas melancólicas! Ve, entre ideas peregrinas y confusas cual la bruma, no las suaves perspectivas azulosas y de espuma, sino cuadros, tan sombríos y sangrientos, que le espantan. Acosados por la envidia, se adelantan enemigos implacables. Sufre, lidia y es el blanco de rencores, injusticias y dolores. Le anonada la tristeza. Con sudor casi de muerte, lanza un grito ¡Oh, Medea! Visión trágica! El borroso porvenir le dibuja una cabeza con guirnalda de martirios y de espinas, y del odio aureolas purpurinas que proyectan una sombra ensangrentada hasta el cenit.

El notario real Andrés Valderrábano, secretario de Balboa, levanta acta del descubrimiento que acaba de hacer. Sesenta y seis expedicionarios suscriben el histórico documento. Penetrando en las ondas, que le dan hasta la cintura, con la espada en la mano, toma posesión del mar, contornos y puertos, con fervorosa arenga, en la que promete defender sus dominios.

Ampliando su descubrimiento, quiere explorar detenidamente las dilatadas costas, y naufraga, refugiándose en una isla. Casi todas sus embarcaciones se destrozan contra las rocas o encallan en la arena.

No cesa de inquirir los tesoros de América.

Después de la pesca de perlas, que los indios lastimosamente las quemaban, por la circunstancia de que para abrir las ostras acudían al fuego, regresa a Darién. El viaje fue de cruel sufrimiento, a causa de la sed. Los caciques le socorrieron con víveres, menos Pacra, con quien Balboa fué tiránico y le condenó a muerte. Hizo merced de la vida al cautivo Tubanama, merced al rescate pagado en oro. Afiebrado y rendido, se esforzó por llegar a Coyba, para embarcarse y arribar a Santa María.

Blanco de insistentes intrigas y envidias, Enciso le indispuso en España, pero el intrépido jerezano supo defenderse. Empero, por sugerencias del Arzobispo de Burgos Juan Fonseca, su adversario, se nombró Gobernador General de Castilla del Oro a Pedro Arias de Avila, que no merecía, por su deformidad de conciencia, el trata-

miento de "galán" que en la corte le daban. Trajo apreciable flota. Temeroso estaba de desembarcar, sospechando que sería mal recibido. Balboa acató las disposiciones reales y detuvo a los que protestaban. Sin armas, salió a su cordial encuentro, en compañía de los suyos, dando pruebas de entereza de alma y discreción.

Engañó Pedrarias a Balboa y explotó su buena fe. En posesión de todos los datos que deseaba, mandó prender al que tan noblemente había procedido y le sometió a residencia. Sus amigos lograron pronto desvanecer los cargos. No tuvo más recurso que ponerle en libertad. Mas el Gobernador quería a todo trance deshacerse de él. Su afán era enviarle a España «aherrojado y hundido para siempre bajo el peso de varias sentencias deshonorosas» (7).

Punible el manejo de Pedrarias. Despierta general descontento. El mal éxito de sus expediciones atrajeron las burlas de los partidarios de Balboa, a quien por sus servicios en descubrir un nuevo océano el Rey le nombrara Adelantado del Mar del Sur. También Fernando le honra con el título de Gobernador de las provincias de Coiba y Panamá, lo que acaba de enfurecer a su rival, celoso de la dicha ajena. Trata de privarle de estos nombramientos y recompensas. El único que se opone a tal felonía en el Consejo es el Obispo Quevedo.

Nuevamente le encarcela, a pretexto de alteración del orden, por haber divisado una misteriosa nave, la de Andrés Garabito, que en Cuba reclutara gente con el fin de formar una colonia a orillas del golfo de San Miguel.

Después de estas peripecias, Pedrarias hipócritamente, se reconcilia con Balboa. Luego crecen las intrigas, calumnias y traiciones. Con engaño es llamado desde la isla de las Tortugas. Cerca de Acla le prende Francisco Pizarro. Entra en el pueblo cargado de cadenas. Crimen tremendo el proceso que se le forma. Se alarga casi hasta el año. La pérdida autoridad alcanza que se le condena muerte, con solemne promesa de indulto, pues asegura que tal sentencia era mera fórmula disciplinaria.

¡Cuál el asombro, cuál el terror del Alcalde Mayor Gaspar Espinosa, de los jueces y obispos, al mirar que el maquiavélico gobernante iba a dar fiel cumplimiento a la providencia escrita!

Encarecidamente disuaden a Pedrarias; pero se muestra terco. Nada valen las súplicas del pueblo. La consternación es general.

«Cerca ya del anochecer, fueron conducidos los reos al lugar mencionado (la plaza pública de Acla), rodeados por una fuerte escolta y precedidos de un pregonero, que de trecho en trecho se detenía para leer en alta voz la sentencia dictada contra Balboa y sus compañeros, y después de cada lectura gritaba: — «Esta es la justicia que manda hacer el Rey, nuestro señor, y Pedrarias, su lugarteniente, en su nombre, a estos hombres por traidores y usurpadores de tierras pertenecientes a la Real Corona». — Vasco Núñez, que marchaba el primero, impassible y sereno, al

(7) Vasco Núñez de Balboa. Historia del Descubrimiento del Océano Pacífico escrita con motivo del cuarto centenario de su fecha (1913) por Angel Ruiz de Obregón y Retortillo. — Barcelona.

llegar al pie del cadalso, protestó con voz firme y clara contra la calumnia de llamarle traidor; subió al tablado con ademán resuelto y puso él mismo, sin ayuda de nadie, el cuello sobre el tajo. Rodó su cabeza al primer golpe, e inmediatamente fueron decapitados, sobre el mismo tajo, Valderrábano, Botello y Hernán Muñoz. Faltaba todavía Argüello, también condenado a muerte, a pesar de que sus culpas se reducían a la carta que había escrito a Balboa. Hubo alguien, tal vez Fray Juan de Quevedo, acaso Gaspar Espinosa, que pidió al gobernador en aquellos momentos que indultase a este último reo, puesto que era notorio que no había tenido participación ninguna en la supuesta rebelión. Pero Pedrarias se negó rotundamente, dando una prueba más de su dureza de corazón y de ferocidad sanguinaria. Entretanto, se había hecho de noche, y a poco oyóse en las tinieblas un golpe seco y siniestro, que anunció a los espectadores que todo había terminado, pereciendo también a manos del verdugo aquella inocente víctima de su afecto a Balboa y de su imprudencia. No satisfecho todavía Pedrarias, hizo que se expusiese la cabeza de Balboa al pueblo, elevada en una pica, por varios días, y confiscó todos sus bienes, si bien éstos tuvo que entregarlos poco después, por orden del rey, a los hermanos del descubridor, que eran sus únicos herederos» (8).✕

* * *

Cuando la inquina y el dolor no les envolvió en sus mallas tupidas, cayeron en otras redes pasionales, para destrozarse como tigres sanguinarios.

No se sabe de dónde procede ni quienes fueron sus progenitores ni cual fué la juventud del futuro conquistador del Perú, fundador de Quito y primer gobernador de Chile. Con razón el dramaturgo madrileño, que ha consagrado el pseudónimo de Tirso de Molina, dijo de él que «España ignora quien es: pues a la puerta le echaron los padres que le engendraron». Sólo se borran las tinieblas desde cuando pisa tierras del Darién y de Panamá. Anduvo como encomendero y entendiéndose en faenas agrícolas. Al fin ponen su planta en el Perú, asegurados por formal contrato, Almagro, Pizarro y Luque.

Grandes las actividades y riesgos del Capitán Diego de Almagro. En la pelea de Puebloquemado, contra feroces indios, pierde un ojo. Al descubridor del río San Juan se le ve en costas ecuatorianas en 1526, en la fértil Esmeraldas.

No estuvo presente en el traidor secuestro del gran Emperador Atahualpa; pero participó, en proporción pequeñísima, del reparto de su tesoro, para dárselo a sus soldados. De las cercanías del Cuzco

8) Vasco Núñez de Balboa, por A. Obregón y Retortillo.

aleja al intrépido General Quizquiz y su numeroso ejército, y así, despejando el terreno, avanza hasta Huancabamba. En Piura le avisan que Benalcázar se ha partido para Quito, y sigue el mismo camino.

Admiró desde las alturas el bello panorama del valle de Chillo.

Encontrándose en la llanura de Riobamba, planta la simiente española de Quito, en dos diversos días del mes de agosto de 1534, el 15 y el 28, o sea antes y después de la amistosa estipulación con el Adelantado Alvarado. También creó el primer Ayuntamiento quiteño. «Al mes siguiente de llegado desde Riobamba al plano actual de Quito el célebre Benalcázar con cosa de 250 a 300 castellanos para poblar de ellos aquí la nueva Villa, la fundación de ésta hecha por Almagro fué oficialmente aprobada por el Gobernador General Pizarro en Pachacámac (Provisión de 22 de enero de 1535)» (9).

Entre profundas quebradas, existía la ciudad aborígen, antigua y ya célebre. Sin duda por esto, su nombre significa etimológicamente «población de las quebradas». Lo fundamenta así un estudioso investigador: «El significado, escribe, del nombre que lleva la ciudad capital del Ecuador, nombre que comprendía el antiquísimo y extenso Reino de Quito, transformado a través de los siglos, en su mayor parte, en la actual República Ecuatoriana, ha permanecido siempre como un misterio. Generalmente sólo se dice: «Quito se llama así porque su rey o cacique llevaba este nombre»; pero, en realidad, lo que aparece de estos estudios toponímicos es que más bien el Rey Quitu, como lo llama Gracilaso, adoptó este nombre de las características geográficas o *habitat* de su sede real, *edificada sobre quebradas* o tal vez en las características mismas de su pueblo de *pobladores de las quebradas andinas*. Este pueblo Quitwa, a nuestro juicio, representa, pues, un nuevo tipo de hombres no clasificados aún por la moderna Etnografía y la Geografía humana, que reconocen los hombres de las cavernas (*cavedwellers*); los lacustres (*lak dwellers*); los que habitan en morros (*chiffuwellers*), etc. Los indios Quitwa podrían, acaso, ser clasificados como habitantes de las quebradas (*ravine-dwellers*). Estos indios seguramente llegaron a tener un verdadero y explicable culto a su *habitat*, semejante al culto a los astros que ellos mismos y sus sucesores los Incas los tuvieron. Los Quitwa, por ejemplo, nos presentan su más distinguida Princesa con el nombre de Toa, mientras los Incas dan el nombre de *Quillaco* a sus mejores princesas, ambas palabras como denominaciones femeninas. Hasta hoy se conserva, a través del Quechua de los Caras, del de los Incas y del castellano, el acento Quitwa de los indios quiteños» (10).

(9) P. A. Jerves, O. P. "El Mariscal Diego de Almagro fundador de Quito". "Gaceta Municipal", órgano del Concejo de Quito, edición extraordinaria, publicada por la Secretaría Municipal el 28 de Agosto de 1934. (Nº 77).

(10) Luciano Andrade Marín. "Pruebas lógicas y filológicas de la existencia del Reino de Quito". — "Errores cuatricentenarios sobre los Caras y los Shyris. — Identificación lógica de estas gentes. — Origen del Quichua que se habla en el Ecuador. — El idioma que hablaban los llamados Quitus. — Las lenguas Quechua, Quichua y Quitwa. — El enigma de los Shyris y Caras. — La Mitología de los Panzaleo versus la realidad del Reino de Quito. — La etimología del nombre "Quito". Escrito en Ambato, el 28 de Agosto de 1934.

Volviendo al Mariscal Almagro, desilusionado regresa de Chile, por más que acariciara mejores días, a la sombra de sus títulos de Gobernador de la Nueva Toledo. Las banderías iban encendiendo hogueras fratricidas. Se acerca la batalla de Salinas, a la que, por enfermedad, no concurre. Enconado espera a sus enemigos en el Cuzco. Débil se halla por las heridas, contrariedades y los años.

En la sangrienta jornada, le reemplaza su teniente general Orgoñez, ya que físicamente no le fuera posible al jefe ponerse al frente de los suyos, como antes en Abancay. Reñida la acción comandada por Gonzalo y Hernando Pizarro y por Alvarado. Orgoñez hace proezas. Mete su lanza por la boca a un soldado que lleva el casco y uniforme de Hernando Pizarro, creyéndole tal, aunque sólo era un criado. Caído prisionero, le cortan la cabeza de un sablazo.

Almagro, que desde lejos contempla la refriega, viéndola ya perdida, huye, pero es alcanzado. Le conducen al Cuzco cargado de cadenas. Le someten a juicio, por el crimen de traición, de rebeldía y usurpación de los derechos y funciones de gobernador. En vano el valiente y casi septuagenario conquistador protesta con toda la energía de su alma. Jueces parciales le condenan a muerte. Inútil es ante la endurecida crueldad implorar el respeto a las canas y la compasión de sus antiguos camaradas. De humilde que se mostraba, en reacción suprema, torna a su antigua pujanza, y reta a sus verdugos. Encarándose con ellos, les dice: « Libradme de esta vida, y que vuestra crueldad se sacie con mi sangre ».

Sereno practica su testamento. Le dan garrote el tétrico 8 de julio de 1538. Después le decapitan en plena plaza del Cuzco.

Un vengador de Almagro había jurado que se empeñaría en que resplandeciera la justicia. Empero Diego de Alvarado. « murió tan repentinamente, que la opinión general no dejó de atribuir su muerte a los amigos de Pizarro que habían tratado de librarse, por medio del veneno, de un enemigo tan temible » (11).

Mientras tanto, el hijo de Almagro crecía. Fue educado cariñosamente por el instruido oficial Juan de la Rada. Pensaba sólo en vengar a su padre, del que había heredado intrepidez y carácter indomable.

La conspiración tomaba cuerpo. El Gobernador Pizarro, muy confiado y seguro, a todo el que denunciaba la confabulación, respondía: « No tengáis cuidado por mi vida; el poder que tengo para cortar la cabeza a los demás, garantiza la seguridad de la mía ». Tal confianza abrigaba el septuagenario gobernador. Hasta un sacerdote, que se acerca a confiarle lo que uno de los conspiradores le había confesado, no halla acogida, pues la seguridad era ciega. El férreo conquistador fuese a dormir tranquilo, despidiendo « con buenos modos al eclesiástico ».

Un domingo, el 26 de junio de 1541, convida a almorzar a sus oficiales. No sale de su palacio y allí en su oratorio oye la misa. Llégame la hora del balance de cuentas a Pizarro. Rada, con 18 conjurados, se precipita por las calles gritando: muera el tirano. Los conjurados acuden. Pizarro, sin acabar de armarse, con su sable y escudo e infundiendo valor a los suyos, sale de su aposento a defenderse heroicamente. El primero

(11) Cuzco, — Libro citado.

en caer es Alcántara, junto a su hermano. Francisco Pizarro, causado ya el brazo, iba perdiendo terreno. Al fin, recibe fatal estocada en la garganta.

El gigante yacía en un charco de sangre.

En medio de sus errores, fruto de la ignorancia en que vejetara su juventud, poseyó enormes virtudes que magnifican su voluntad de acero.

« Dn. Francisco Pizarro, dice el crítico Cappa, es un elocuente ejemplo del fatal vacío que en el hombre deja el descuido de la educación de la niñez, y el de la instrucción en la juventud. Si a las excelentes dotes que recibió de naturaleza se hubiera añadido el cultivo de ellas, la figura de Pizarro descollaría acabada entre los grandes hombres que han, no sólo domeñado pueblos, sino dádoles leyes y fundado imperios. Dotado de un entendimiento perspicaz y claro, se posesionaba al punto de la cuestión y la hería de lleno en su parte más vital. Poco escrupuloso en los medios, unía al rudo lenguaje del soldado cierta elocuencia varouil y el oculto artificio del moderno diplomático. Una voluntad de hierro y una prudencia poco común en los azares de la guerra y en el tráfigo de los negocios, le dieron siempre el disputado triunfo. Nunca fue derrotado ni sorprendido; su puñado de aventureros se tomara en todas partes como modelo de disciplina militar, donde todo convida al desenfreno y al pillaje. Cada paso de Pizarro dejó en el Perú una huella indeleble. Piura, Trujillo, Jauja, Lima, Huamanga, La Plata, Arequipa y Huánuco, ocho ciudades fundadas en menos de siete años; Túmbez, Cajamarca, Puerto Viejo y el Cuzco notablemente mejorados, y todo entre los azares de la conquista y de la guerra civil, serán siempre el pedestal sobre que se eleve la gloria de Pizarro » (12).

Los otros Pizarros, extinguida la antorcha de su ventura, también se hundieron en melancólico ocaso de cárdenas proyecciones. Al resplandor de la tragedia, interminable en los inmensos dominios de América, se les contempla sumergirse en piélago de sangre, que por las revueltas intestinas rebosa o por el sufrimiento de las expediciones se derrama, manchando y ahogando a centenares.

Al calor de la ilusión, Gonzalo Pizarro, el intrépido averiguador de El Dorado, arma desde Quito fabulosa expedición, pues columbra opulencias y comodidades al llegar al país de la canela. Tras meses de sufrimientos indecibles, estuvo a punto de morir de hambre con sus soldados. La fatiga fue agotando a muchos expedicionarios, que caían, para no levantarse, a lo largo de la escabrosa ruta. El poderoso instinto de conservación les impulsa a utilizar como alimento hasta a los perros que les acompañan y que en casos desesperados les parecen no despreciable vianda.

Llega a las márgenes del caudaloso Napo, a palpar el desvanecimiento de sus sueños aladinescos. Desesperado, manda construir un pobre bergantín que sirve para Francisco de Orellana. Todo va marchitándose, el ganado concluye. ¿Dónde el abundante rebaño, los dos mil cerdos, las provisiones, los vestidos, la salud, la dorada quimera ?

De cuatro mil que eran los indios, perecen más de la mitad, y de trescientos soldados, vuelven a Quito un puñado, apenas ochenta, textualmen-

(12) P. Ricardo Cappa. Estudios críticos acerca de la dominación española en América. — III. La conquista del Perú. Madrid. — 1888.

te desnudos, hambreados, espectrales. Macabra la marcha, se diría de cadáveres ambulantes. Inspiran honda compasión. ¡Qué vía crucis de más de dos años! Como comitiva funeral de sombras, atravesando lentamente van la frígida cordillera o hundiéndose, a golpes de machete, en la selva oriental ecuatoriana, amedrentados de supersticioso terror con el terremoto de Zumaco y las interminables tempestades que dan grima al corazón más indolente. Deploran el obligado sacrificio de sus caballerías. El árbol de la canela se transforma como en el de la cruz, ¡tantas fueron las torturas de los infelices buscadores de oro! (13).

Un historiador moderno, en el afán de justificar la crueldad de los conquistadores españoles, alega que procedieron así por salvar sus vidas. Con todo, apunta la siguiente revelación categórica: «Confesamos francamente, dice, que el proceder de Pizarro con el Inca del Perú, como el de Alvarado en Méjico y el de Ovando en la Española, es uno de los borrones que encontramos en la historia de la conquista de los españoles en el Nuevo Mundo. Pero decimos con la misma franqueza que estos tres borrones que quizá no pudieron evitarse, lejos de ser actos de crueldad inaudita, como suponen los escritores enemigos de la España, son actos sumamente comunes en todas las conquistas antiguas y modernas». (14)

La ferocidad de Gonzalo Pizarro se hace más ostensible, cuando quema a los indios o permite que los azuzados canes los devoren.

No fue menos implacable con los representantes de su misma raza. Con porfiada saña persiguiendo está, desde apartadas comarcas peruanas, hasta más allá de la actual frontera del Ecuador, al infortunado Virrey Blasco Núñez Vela y le desbarata en las goteras de Quito, en la planicie que del ejido norte, hoy parque «Veinte y cuatro de Mayo», viene a la ciudad, por el Seminario Menor y la Alameda. A la cruenta jornada se le conoce con el nombre de batalla de Iñaquito.

(13) A cada paso hallamos actividades para el laboreo de minas. En el año de 1536, cuenta el historiador Cevallos, que Benalcázar, "entre los ríos Telembi y Patía, fue a dar con los primeros minerales y criaderos de Oro". En andanzas por el Magdalena, por las riberas del Timaná y por el que se denominó después Plata, "por los muchos minerales de este metal", el conquistador "estableció en la misma montaña un asiento de minas y a su pie la ciudad de San Sebastián de la Plata, por Mayo de 1538, en memoria del nombre de su conquistador y fundador. Tan abundante y pura era la plata que se halló en esas regiones, que la cortaban a cincel, y tan prendado quedó de ellas Benalcázar, que allí fincó todas sus esperanzas para hacerse del patrimonio con que había de desafiar a los más ricos minerales de América" (Resumen de la Historia del Ecuador). Consta, por el testimonio de numerosos historiadores, que se explotaron desde los días agitados de la conquista varias minas. Tal vez por referirse a trabajos en grande escala, y en el empeño de atenuar los abusos de los conquistadores, manifiesta Gil Gelpi que las explotaciones mineras se iniciaron más tarde.

"Por los años 1560, dice, empezaron a explotarse en pequeña escala las minas de Guanajuato, en Méjico: diez años después ya daban grandes rendimientos. Justamente las del cerro del Potosí en el Alto Perú, por aquellas fechas, esto es, en 1570, habían llegado al apogeo de su riqueza. Estas fechas demuestran que, hasta ochenta años después del descubrimiento del Nuevo Mundo, las minas de Méjico y del Perú nada habían producido para la metrópoli". — Estudios sobre la América. — Conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes por D Gil Gelpi y Ferró. — Parte segunda. — Habana. — Librería e Imprenta "El Iris". Obispo, 22. — 1866.

(14) Gil Gelpi y Ferró. — Estudios sobre la América. — Tomo I. — Habana. — 1864.

en caer es Alcántara, junto a su hermano. Francisco Pizarro, causado ya el brazo, iba perdiendo terreno. Al fin, recibe fatal estocada en la garganta.

El gigante yacía en un charco de sangre.

En medio de sus errores, fruto de la ignorancia en que vejetara su juventud, poseyó enormes virtudes que magnifican su voluntad de acero.

« Du. Francisco Pizarro, dice el crítico Cappa, es un elocuente ejemplo del fatal vacío que en el hombre deja el descuido de la educación de la niñez, y el de la instrucción en la juventud. Si a las excelentes dotes que recibió de naturaleza se hubiera añadido el cultivo de ellas, la figura de Pizarro descollaría acabada entre los grandes hombres que han, no sólo domeñado pueblos, sino dádoles leyes y fundado imperios. Dotado de un entendimiento perspicaz y claro, se posesionaba al punto de la cuestión y la hería de lleno en su parte más vital. Poco escrupuloso en los medios, unía al rudo lenguaje del soldado cierta elocuencia varonil y el oculto artificio del moderno diplomático. Una voluntad de hierro y una prudencia poco común en los azares de la guerra y en el tráfigo de los negocios, le dieron siempre el disputado triunfo. Nunca fue derrotado ni sorprendido; su puñado de aventureros se tomara en todas partes como modelo de disciplina militar, donde todo convida al desenfreno y al pillaje. Cada paso de Pizarro dejó en el Perú una huella indeleble. Piura, Trujillo, Jauja, Lima, Huamanga, La Plata, Arequipa y Huánuco, ocho ciudades fundadas en menos de siete años; Tumbéz, Cajamarca, Puerto Viejo y el Cuzco notablemente mejorados, y todo entre los azares de la conquista y de la guerra civil, serán siempre el pedestal sobre que se eleve la gloria de Pizarro » (12).

Los otros Pizarros, extinguida la antorcha de su ventura, también se hundieron en melancólico ocaso de cárdenas proyecciones. Al resplandor de la tragedia, interminable en los inmensos dominios de América, se les contempla sumergirse en piélago de sangre, que por las revueltas intestinas rebosa o por el sufrimiento de las expediciones se derrama, manchando y ahogando a centenares.

Al calor de la ilusión, Gonzalo Pizarro, el intrépido averiguador de El Dorado, arma desde Quito fabulosa expedición, pues columbra opulencias y comodidades al llegar al país de la canela. Tras meses de sufrimientos indecibles, estuvo a punto de morir de hambre con sus soldados. La fatiga fue agotando a muchos expedicionarios, que caían, para no levantarse, a lo largo de la escabrosa ruta. El poderoso instinto de conservación les impulsa a utilizar como alimento hasta a los perros que les acompañan y que en casos desesperados les parecen no despreciable vianda.

Llega a las márgenes del caudaloso Napo, a palpar el desvanecimiento de sus sueños aladinescos. Desesperado, manda construir un pobre bergantín que sirve para Francisco de Orellana. Todo va marchitándose, el ganado concluye. ¿Dónde el abundante rebaño, los dos mil cerdos, las provisiones, los vestidos, la salud, la dorada quimera ?

De cuatro mil que eran los indios, perecen más de la mitad, y de trescientos soldados, vuelven a Quito un puñado, apenas ochenta, textualmen-

(12) P. Ricardo Cappa. Estudios críticos acerca de la dominación española en América. — III. La conquista del Perú. Madrid. — 1888.

te desnudos, hambreados, espectrales. Macabra la marcha, se diría de cadáveres ambulantes. Inspiran honda compasión. ¡Qué vía cruenta de más de dos años! Como comitiva funeral de sombras, atravesando lentamente van la frígida cordillera o hundiéndose, a golpes de machete, en la selva oriental ecuatoriana, amedrentados de supersticioso terror con el terremoto de Zumaco y las interminables tempestades que dan grima al corazón más indolente. Deploran el obligado sacrificio de sus caballerías. El árbol de la canela se transforma como en el de la cruz, ¡tantas fueron las torturas de los infelices buscadores de oro! (13).

Un historiador moderno, en el afán de justificar la crueldad de los conquistadores españoles, alega que procedieron así por salvar sus vidas. Con todo, apunta la siguiente revelación categórica: «Confesamos francamente, dice, que el proceder de Pizarro con el Inca del Perú, como el de Alvarado en Méjico y el de Ovando en la Española, es uno de los borrones que encontramos en la historia de la conquista de los españoles en el Nuevo Mundo. Pero decimos con la misma franqueza que estos tres borrones que quizá no pudieron evitarse, lejos de ser actos de crueldad inaudita, como suponen los escritores enemigos de la España, son actos sumamente comunes en todas las conquistas antiguas y modernas». (14)

La ferocidad de Gonzalo Pizarro se hace más ostensible, cuando quema a los indios o permite que los azuzados canes los devoren.

No fue menos implacable con los representantes de su misma raza. Con porfiada saña persiguiendo está, desde apartadas comarcas peruanas, hasta más allá de la actual frontera del Ecuador, al infortunado Virrey Blasco Núñez Vela y le desbarata en las goteras de Quito, en la planicie que del ejido norte, hoy parque «Veinte y cuatro de Mayo», viene a la ciudad, por el Seminario Menor y la Alameda. A la cruenta jornada se le conoce con el nombre de batalla de Iñaquito.

(13) A cada paso hallamos actividades para el laboreo de minas. En el año de 1530, cuenta el historiador Cevallos, que Benalcázar, "entre los ríos Telembí y Patía, fue a dar con los primeros minerales y criaderos de Oro". En andanzas por el Magdalena, por las riberas del Timaná y por el que se denominó después Plata, "por los muchos minerales de este metal", el conquistador "estableció en la misma montaña un asiento de minas y a su pie la ciudad de San Sebastián de la Plata, por Mayo de 1538, en memoria del nombre de su conquistador y fundador. Tan abundante y pura era la plata que se halló en esas regiones, que la cortaban a cincel, y tan prendado quedó de ellas Benalcázar, que allí fincó todas sus esperanzas para hacerse del patrimonio con que había de dotar a los más ricos minerales de América" (Resumen de la Historia del Ecuador). Consta, por el testimonio de numerosos historiadores, que se explotaron desde los días agitados de la conquista varias minas. Tal vez por referirse a trabajos en grande escala, y en el empeño de atenuar los abusos de los conquistadores, manifiesta Gil Gelpi que las explotaciones mineras se iniciaron más tarde.

"Por los años 1560, dice, empezaron a explotarse en pequeña escala las minas de Guanajuato, en Méjico; diez años después ya daban grandes rendimientos. Justamente las del cerro del Potosí en el Alto Perú, por aquellas fechas, esto es, en 1570, habían llegado al apogeo de su riqueza. Estas fechas demuestran que, hasta ochenta años después del descubrimiento del Nuevo Mundo, las minas de Méjico y del Perú nada habían producido para la metrópoli". — Estudios sobre la América. — Conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes por D. Gil Gelpi y Ferró. — Parte segunda. — Habana. — Librería e Imprenta "El Iris". Obispo, 22. — 1866.

(14) Gil Gelpi y Ferró. — Estudios sobre la América. — Tomo I. — Habana. — 1864.

El anciano se defiende con todas sus fuerzas, como ejemplar paladín hispano. Abrumado por la superioridad física del enemigo, cae de su bridón mal herido. Negro esclavo, por mandato de su rencoroso amo Suárez de Carvajal, que ansiaba vengar pasadas tiranías, le corta la cabeza. Con el sangriento trofeo llevado en alto en la diestra, entra en Quito. El calvo y sangrante despojo es situado en la picota de una plaza pública.

Al otro día, es humildemente enterrado su desnudo cadáver, que la conmiseración del vecindario completó, libertándolo del bárbaro espectáculo sobre el pétreo y vergonzoso rollo.

La pena del talión se acerca sombría. A su vez Pizarro es decapitado, a los dos días del encuentro con La-Gasca, en el valle de Jaquijaguana, cerca del Cuzco, tras de completa deserción.

Aislado tristemente de los suyos y sin que le asista el supremo recurso de combatir y defenderse, cae prisionero. Sentenciado a muerte como traidor, sube las gradas del patíbulo entre plegarias fervidas.

También fue decapitado el tristemente famoso « Demonio de los Andes » — que ha inspirado leyendas — el temible Francisco de Carvajal, de indomable valor. (15)

Pedro de Puellas, primer Regidor de Quito, y colega de Juan de Padilla, Rodrigo Núñez, Pedro de Añasco, Alonso Hernández, Diego Martín de Utrera, Juan de Espinosa y Melchor de Valdés, fue asesinado en la ciudad. La inquina le alcanzó más allá del sepulcro: se le infamó, en juicio póstumo, con el inri de traidor. Su casa fue arrasada.

Juan Pizarro, hermano natural de don Francisco, es asesinado junto a éste, en el trágico 26 de junio de 1541.

Vemos a Hernando, preso en España de orden del Emperador, que está pasando sus tristes días en el castillo de la Mota de Medina del Campo. Centenario descende a la huesa en Trujillo, persiguiéndole la torturadora visión de sus lamentables recuerdos, unidos a los achaques de la senectud, en horrrorosa pobreza, pues le habían confiscado todos sus bienes.

Juan Pizarro, hijo de Gonzalo el Largo, y hermano de padre de Francisco, recibe tremenda pedrada en la cabeza cuando en el Cuzco andaba en busca de socorro para los españoles sitiados. A los quince días, de resultas de esa herida, baja a la tumba. . . . Pedro Pizarro, primo de Francisco, estuvo a punto de ser ahorcado, cuando la rebelión de Gonzalo.

(15) "Francisco de Carvajal, después de haber militado más de treinta años en Europa, servido a las órdenes del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba y encontrándose con el grado de alférez en las famosas batallas de Ravenna y Pavía, vino al Perú a prestar con su espada poderoso auxilio al marqués Dn. Francisco Pizarro. Grandes mercedes obtuvo de éste, y en breve se halló el aventurero Carvajal poseedor de pingüe fortuna" — Tradiciones Peruanas por Ricardo Palma. — Tomo III. — Sexta serie. — Barcelona. — 1894.

* * *

Desde Guatemala viene a Quito el Adelantado Pedro de Alvarado, atraído por el hambre del precioso metal y dejando su puesto de Gobernador y las súplicas para que no se alejase. Tampoco escuchó a la Audiencia de México que se opuso a que pisara tierras conquistadas. Tentación irresistible para él oír hablar de las riquezas que amontonara el infortunado Emperador Atahualpa. Zarpa en 1534, con ocho navíos y quinientos valientes, perfectamente equipados, más de doscientos caballos y muchos indios. Armada de primer orden, se pavoneaba orgullosa en las ondas del Pacífico. Juan Fernández es el experto piloto de esta flota. Le rodea gente distinguida. Treinta y tres días de navegación llevaban transcurridos, cuando el mar anuncia tormenta. Se ven, para salvarse, obligados a deshacerse del peso excesivo, arrojando al agua noventa corceles. Llegan a Bahía de Caráquez al fin. El Adelantado pasa a Manta a reconocer el terreno. Empieza la odisea formidable. En Jipijapa comienza el despojo a los indígenas y el apoderarse de áureas joyas y esmeraldas. Grandes sus apuros y vacilaciones hasta dar con el camino, en lo intrincado de la selva. La sed pronto les atormenta. ¡Qué hallazgo al encontrar las beneficiosas guaduas! La naturaleza es hostil a la expedición y hasta el Tungurahua envía su ceniza que acaba de alarmarles y dificultar el forraje para su ganado. El ascenso a la cordillera, por entre las nieves eternas, les mata de frío. El hambre arrecia, y comen cuanto encuentran, perros y alimañas. El suplicio de Tántalo y el tormento de Midas les acongojan. ¿De qué les servía las cargas de oro, si con ellas no podían conseguir un mendrugo para alimentarse?

«La travesía de los Andes por las fuerzas del conquistador de Guatemala — según observa Carlos Pereira — se recuerda como uno de los episodios más sombríos de la historia de América. Se heló el guía Pedro Gómez con su caballo cargado de esmeraldas. Murió un huélmo con su mujer y sus dos hijas, y él quiso, por los gemidos que daban, escoger antes la muerte con ellas que, desamparándolas, quedar con vida. Un castellano muy robusto, que se apeó para ajustar la cincha de su yegua, no bien puso los pies en el suelo «se quedó sin espíritu». Murieron de este modo quince castellanos, seis castellanas, muchos negros y dos mil indios. Los que escaparon de la muerte iban como difuntos; sin dedos, unos y otros sin pies; algunos quedaron ciegos». Oigamos a Heredia, cronista de Indias: «El viento era frigidísimo y furioso y no tenían abrigo. Hubo muchos que, causados, se arrimaban a los peñascos y al momento morían helados».

Valor temerario el de este vecino de Badajoz. México le ve actuar en jornadas que la fama ha consagrado. En la expedición de Grijalva por el golfo de México se le confía el mando de la nave. Cortés le tiene como su segundo. Grande es su arrojo y resistencia en los combates de Tabasco y Tlaxcala. Da margen a las desventuras de la "noche triste", porque, sin motivo justificado alguno, manda pasar a cuchillo a más de seiscientos indios que pacíficamente se entretenían en sus fiestas religiosas. Su insaciable avaricia le impulsa a acariar el proyecto de la conquista del Perú. De los indios, por la fuerza, obtuvo recursos y brazos para tal expedición, que tan lamentablemente fracasara

Este titán, con el vigor de Aquiles, sucumbe aplastado por un bloque de peña al perseguir a unos indios, según algunos cronistas, y según otros, atropellado de un caballo cuando se batía en retirada.

De noble familia, que adquirió finura educativa en la Corte, fué Juan Ponce de León, el descubridor de la Florida y el que conquistara a Boriquén. Comprobó su bizarría en el combate contra los insurrectos del cacicazgo de Jiguayagua y cuando perseguía a los indios seminolas que usaban gigantescas flechas, tan largas, que alcanzaban a traspasar a un caballo de parte a parte. Estos le hirieron mortalmente. Entregó el último suspiro en la Habana.

* * *

Muy de cerca nos toca, por su larga diligencia en tierras del Reino de Quito, el conquistador Sebastián de Benalcázar, que, no obstante sus errores, presenta agradable fisonomía histórica.

En Piura se hallaba de Gobernador, cuando fué llamado por los cañaris que se negaban a figurar en las filas de Rumihahui. Por otra parte, acabó de resolverle al viaje la noticia de la aproximación del Gobernador de Guatemala en son de conquista. Benalcázar introdujo la crianza de la raza porcina, como Alonso de Hernández trajera los primeros toros y vacas. Se le ve como Gobernador de Popayán, que conquistara y poblara. Su sueño venturoso fincaba en independizarse de la coyunda de Pizarro, por medio de la obtención de algún título real. Fundó a Cali, admirando la fertilidad de su llanura, y ordenó que Pedro de Añasco fundase la villa de Timaná.

Receloso Francisco Pizarro, manda al Capitán Lorenzo de Aldana, en calidad de Teniente general, a prender a Benalcázar, dándole ámplios poderes secretos para el desempeño de su comisión. Escenas macabras contempló en su penosa marcha de Pasto a Popayán, porque esas comarcas estaban assoladas por la peste y el hambre, «a causa de que los indios, con fin de lanzar los españoles de sus tierras, no habían querido labrarlas, de que se originaba haber de buscar el maíz a treinta y a cuarenta leguas, y comer, así españoles como indios, las yerbas del campo, lagartos, culebras y langostas, de que se hinchaban y adolecían de muerte» (16).

(16) Dr. Lucas Fernández Piedrahita en su "Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada", el que a continuación dice: "A esta desventura sobrevino, como es ordinario, una fiera peste que repentinamente mataba los hombres; y acrecentábase el daño con ver que los indios, repartidos en cuadrillas, como salteadores, para aprisionarse y comerse unos a otros, ocupaban los montes y llanos; y si representada su barbaridad por los españoles, oían decir que con sembrar los campos saldrían de tantas calamidades, respondían que les era menos penoso consumirse y sepultarse unos en otros, que vivir muriendo debajo del dominio español. Hernán Sánchez Morillo refería haber encontrado un indio que llevaba, para comer, siete manos de hombre atadas a un cordel". Otros terribles casos de antropofagia refiere el historiador bogotano, que estudió en el colegio seminario de San Bartolomé. Débese tan interesante obra a su destierro a España, a causa de un largo pleito. En la Corte aprovecha el tiempo trazando su historia de la Conquista de Granada.

Benalcázar brilla en sus múltiples correrías y conquistas, en las comisiones que cumple por orden de Pizarro y en la fundación de varios pueblos. Después de haberse apoderado de Quito, que encuentra bastante destruida por las llamas y que concluye de aniquilarla, en el afán de rastrear entre los escombros de la ciudad los escondidos tesoros que el bravo Rumíñahui había enterrado; después de sus combates heroicos, inclusive el que sostuvo en Iñaquito, al norte de la población, precisamente en lo que hoy se denomina parroquia Benalcázar, si bien la acción de esta guerra civil fue en zona anterior, entra en la capital del Reino de Quito que había conquistado. La crueldad de Juan Ampudia la había destruido sacrílegamente. «No hubo sepulcro que no fuera profanado ni casa que no fuera derruida», dice el historiador Cevallos.

Poco a poco se efectuó la reconstrucción de la célebre urbe, nombre que le conviene, por su antigüedad y por sus reliquias eternas.

«Informado Benalcázar de la reparación de Quito y de la reducción de toda la provincia, como igualmente del sometimiento de las del norte, se vino para la capital trayéndose los títulos de ciudad y cabeza del reino, depositados hasta entonces en Riobamba. El gobierno de este lugar y la provincia quedó a cargo del capitán Pedro Villas. Benalcázar preparó cuanto cabía en aquellos tiempos para solemnizar su entrada en Quito, y tomar posesión de la ciudad y el reino, a nombre del Emperador Carlos V. Para un siglo en que, más que ahora, exterioridades constituían la esencia de las cosas, y para un pueblo acostumbrado a dejarse llevar de ellas, era indispensable que se buscaran las ceremonias, la pompa y las fiestas con que había de celebrarse el acto de posesión, y Benalcázar no perdonó la menor ritualidad para que indios y colonos la tuvieran como sagrada. La entrada se verificó el 6 de Diciembre de 1534, según resulta de las *Letras apostólicas* de 22 de Noviembre de 1535». (17)

Después de efectuar algunas fundaciones al norte, regresó a Quito en 1539. En seguida emprendió sus andanzas por el Cauca y el Magdalena.

El final de su carrera de agitaciones y conquistas se acercaba.

Benalcázar falleció en Cartagena, cuando, condenado a muerte por el vil asesinato al Mariscal Jorge Robledo, al que había auxiliado desde Popayán en otro tiempo, iba preso a España, a correr las diligencias de la apelación ante la Corte. Se le secuestraron sus bienes y quedó tan pobre, que para amortajarle, compra su leal camarada Fernando Andingo cuatro varas de toseo género de Ruán y paga para tan piadosa tarea un peso a desconocida mujer.

Francisco Briceño, que sentenciara a Benalcázar a la pena capital, contrae matrimonio con doña María de Carvajal, viuda de Robledo, y, a la vejez, termina en las soledades de un claustro, ordenándose de eclesiástico.

«Benalcázar era el último de los conquistadores del imperio de los Incas y del reino de los Shyris, que había sobrevivido a sus compañeros: los demás habían perecido antes, con fin prematuro y muertes desastradas,

(17) Resumen de la Historia del Ecuador desde su origen hasta 1845 por Prodro Fermín Cevallos. — Tomo I. Guayaquil. — Imprenta de La Nación, calle de la Municipalidad Núm. 11. — 1886.

unos muriendo como Ampudia, a manos de los indios en las guerras de la conquista: otros condenados a muerte por sus mismos compatriotas, como Almagro, en las guerras civiles con que ensangrentaron el suelo peruano. Aun no había pasado todavía ni medio siglo completo, cuando ya todos los más famosos conquistadores del Perú habían descendido a la tumba». (18)

* * *

Al profundo golpe de la indígena lanza había resistido el General Felipe de Utre, vencedor de los Omeguas, no así al manejo alevoso de Carvajal, quien murió ahorcado en la misma robusta ceiba que tenía preparada como instrumento de suplicio para todos los que se mostrasen partidarios de la causa de Utre.

Los fieros Yalcones mataron a los Capitanes Pedro de Añasco y Osorio y sus compañeros, en número de diez y seis infantes, a excepción de Serrano que pudo ser portador de la trágica nueva en Popayán.

En el deseo de presentar sus quejas ante Armendariz, toparon los hermanos Quesada en Cabo de la Vela, con tan mala fortuna, que un rayo que cayera en la nave capitana les fulminó, lo mismo que al General Archuleta, oriundo de Vizcaya. El Obispo que había concurrido a la embarcación quedó lisiado de una pierna y Gonzalo Suárez de un brazo. «Este fue el fin lamentable del Capitán Hernán Pérez de Quesada, dice Piedrahita, y así terminó infelizmente sus días aquel de quien temblaron infinitas naciones: murió en lo mejor de su edad y cortóle una fatalidad las esperanzas, cuando más caminaban a una elevada fortuna» (19). Irremediable fue también la del Adelantado Pedro de Heredia, los dos Oidores Góngora y Galarza, el Contador Juan Martínez Cayoso y Alonso Téllez, tragados por el océano a su salida de Cartagena.

El Capitán Diego Delgado gobernaba Popayán, cuando se alzó Alvaro de Hoyón — hermano de Gonzalo de Hoyón, que nos recuerda el canto del poeta Julio Arboleda — y quiso tomarla sorpresivamente; pero fue batido a tres leguas de la ciudad. Herido por Rodrigo Téllez de las Peñas, cayó prisionero y fue decapitado con otros de sus compañeros. Los demás pagaron su culpa en la horca, en el destierro y en galeras. El Oidor Montañó hace cortar la cabeza a Pedro de Salcedo. A refrenar sus desafueros fue enviado el Dr. Arbisó, Regente de Navarra y colegial mayor de Santa Cruz de Valladolid, quien partióse con órdenes terminantes de residenciar a Montañó y enviarle preso; pero no pudo cumplir su sancionador encargo, porque naufragó en las Canarias, sin que de él quedase rastro alguno.

Multiplicándose hasta la saciedad los desafueros de Montañó, tantas iniquidades paga con su cabeza en Valladolid.

(18) Historia General de la República del Ecuador escrita por Federico González Suárez. — Tomo II.

(19) Dr. Lucas Fernández Piedrahita Libro citado.

A tal sanción alude el poeta sevillano, cronista y eclesiástico Juan de Castellanos que se le creía de Tunja, al trazar sus «Elegías de varones ilustres de las Indias», en estos sencillos versos:

«Con pena capital fué castigado
y el primero que de los jueces
de estas partes de Indias he sabido
ser en pública plaza degollado
dentro de España, donde los parientes
de Pedro de Saucedo, que él había
en Santa Fe cortado la Cabeza,
por causa menòs grave, que de muerte,
fueron no poca parte de la suya».

El mismo tiránico funcionario había pronunciado dura sentencia contra el intrépido Visitador Miguel Díez de Armendáriz. En amarga situación se hallaba sumido en la cárcel, cuando la turba rabulésca penetra a cobrarle derechos y costas. Contéstales que no conservaba más bienes que los vestidos que cubrían su cuerpo. Sin escuchar razones, el terco escribano violentamente le despoja del abrigo que llevaba sobre su ligera ropa. Queda el mísero en jubón, en ridículo estado, en presencia de los que habían acudido a la mazmorra. A sus espaldas se hallaba una persona de generoso corazón: el Capitán Luis Lanclero que tantas injurias había recibido de él. Indignado por el inhumano proceder notarial, le echa presto sobre sus hombros la fina capa de grana que el militar lucía, amparándole en su semi-desnudez y disimulando así las ligaduras que le apretaban. Agradecido el infeliz, vuelve el rostro para soureír y reconocer a su benefactor. Lanclero entonces le interroga de esta guisa:

— «Pues, señor, ¿no hay ninguno de los favorecidos en otro tiempo que asista a V. S. en el presente?» A que respondió Armendáriz: — «No, porque en el tiempo de ganar amigos, elegí lo peor, señor Lanclero» (20).

Filosofa el historiador al comentar el triste pasaje, agregando que el noble Lanclero satisfizo, no sólo las costas de su protegido, sino los gastos consiguientes al traslado decente de Armendáriz a Cartagena.

Cese el desfile pavoroso de cabezas cortadas; extíngase para siempre el aullido de canes famélicos; termine la nocturna visión de las hienas; séquense las caudentes lágrimas de usurpadores y oprimidos. Renazcan la paz y la esperanza.

¿Para qué más ejemplos fatales?

¿No murieron asesinados Juan de la Costa y Rodrigo Bastidas, fundador éste de Santa Marta; martirizado Pedro de Valdivia, loco Pedro de Mendoza; en el Orinoco Gonzalo Jiménez de Quesada, en el Amazonas Francisco Orellana, todos célebres conquistadores espa-

(20) Id.

ñoles? El adelantado Alonso Luis de Lugo, por la torpe mano de Diego Sánchez de Santa Ana, Alcalde ordinario, ¿no dió garrote en la cárcel a Bartolomé Sánchez?

* * *

La conquista de las ubérrimas y exóticas tierras americanas terminó, como en dolorosa procesión que fuera a precipitarse ciegamente en el abismo, con la interminable catástrofe física y moral de casi todos sus protagonistas.

Jugándose cien veces la vida, se martirizaron, se agotaron, se destruyeron, realizando proezas que quizá otras razas, que osaron acometerlas, no lo hicieran con tal abundancia y gallardía; pero perecieron en la demanda, como si el tumulto y los remordimientos se hubieran dado cita diabólica en sus conciencias, para no dejarles gozar de un momento de reposo, ni de dulce paz en el hogar, ni del quieto y bendecido disfrute de sus esfuerzos hourados, después de la prolongada y ruda fatiga.

Pero fueron los hombres a propósito para acometer la titánica empresa. Naturalezas de otro temple, resistentes a la intemperie y las privaciones: sólo ellas debían realizarla. Sublimes las unas, grotescas las otras, ingenuas las de allá, astutas la de acá; misericordiosas aquéllas, sin pizca de compasión éstas, pero todas henchidas de arrojo, que fué la gloria de sus acciones, curadas del horror al miedo, parecen desprendidas de los cantos de Homero, para repetir las pujantes aventuras que ascendieron, por la escala de la fantasía, a los pináculos de la fábula.

Sin más alas que las de su corcel, ni más vehículo que las mal unidas tablas de su barco, volaron de un confín al otro de América, salvando infinitas distancias y espantables precipicios, domando las desigualdades del camino, descuajando selvas y esguazando ríos, abriendo senderos y fabricando puentes, triunfando de las dificultades sobrehumanas.

La fiebre de lo nuevo les cegó: el odio pobló sus mentes de enconadas visiones: la crueldad atrajo sobre sus frentes maldiciones y venganzas: la codicia, como en el famoso terceto epistolar, les arrojó al mar, la ira a las espadas y la ambición les provocó a reírse de la muerte. (21)

Fueron de contextura admirable, cual si físicamente pertenecieran a una raza de cíclopes. Maravilla su porfía, su carácter que por nada se deja amilanar; lo mismo al abrasarse de sed en el bosque tropical, que al helarse de frío en las nieves de la cordillera andina; lo mismo al viajar a pie por leguas de leguas, que al combatir de improviso, después de marchas forzadas, o poner los pies en polvorosa después de alguna ruta formidable.

Celos entre naciones, celos entre autoridades ensombrecieron más la conquista.

(21) Andrés Fernández de Andrade. — Epístola Moral a Fabio.

Pero ésta abrió vastos horizontes a la ciencia y a todo género de actividades. « Cuando se estudian los primeros historiadores de la conquista y se comparan sus obras, sobre todo las de Acosta, de Oviedo y de Barcia, a las investigaciones de los viajeros modernos — ha dicho el gran Alejandro de Humbolt — sorprende encontrar el germen de las más importantes verdades físicas en los escritores españoles del décimosexto siglo. Ante el aspecto de un nuevo continente aislado en la vasta extensión de los mares, presentábanse a la vez a la activa curiosidad de los primeros viajeros y de aquellos que meditaban sus relatos, la mayoría de las importantes cuestiones que aún hoy día nos preocupan acerca de la unidad de la especie humana y de sus desviaciones de un tipo primitivo: sobre las emigraciones de los pueblos, la filiación de las lenguas, más distintas a veces en las raíces que en las flexiones o formas gramaticales. . . . (22) El sabio alemán prosigue en la enumeración de capitales problemas ofrecidos por la conquista.

* * *

El sol llegó o su ocaso entre cárdenos fulgores.

Como después de angustiosa pesadilla, el ánimo serénase al considerar la exaltada aventura, atractiva como aquellos cuentos de caballería que deleitan a los niños, pero que, con todo, son verdades confirmadas por la historia, aventuras novelescas de sobresaltos y matanzas que pasaron dejando amargo resquemor, por más que admiremos la resolución, osadía y temple extraordinario de quienes las acometieron. Serénase, empero, el espíritu al meditar que el relato se esfumó y que la crítica es inoportuna para juzgar lo que ya es fatalmente sin remedio: los hechos consumados, estérilmente los más, desde que desafiaron a la muerte no por fines nobles y civilizadores, sino por bajas pasiones de poderío y riqueza, desde que demolieron en vez de construir y mejorar el monumento de la conquista, desde que despoblaron desconcertantemente, matando en germen tanto el brote indígena como el español con el prurito de la guerra civil, de las acusaciones de los unos a los otros, de las traiciones y despojos, del agredirse todos, sin que en la lucha incesante y sin provecho se abstuvieran de provocarla o inmiscuirse en ella los que más bien debieron ser apóstoles de la paz.

Con abrumadores comprobantes, sostiene valientemente el Dr. González Suárez que los eclesiásticos fueron belicosos. Sacerdote fue La-Gasca, sacerdote aquel otro Pedro Núñez, llamado el arcabucero. Ni el humilde Fray Jodoco se concretó a su pacífico ministerio. Como fuera desmentido en este punto el historiador quiteño, expresó que, pasados diez años de estudio a fondo y meditación como juez de los hechos, en su ministerio de verdad, no podía reformar ni un sólo concepto de los que antes

(22) Alejandro de Humbolt. — Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América. — Historia de la Geografía del nuevo continente y de los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI.

sentara respecto al memorable franciscano Ricke y «en punto a la participación que tuvieron los sacerdotes seculares y los religiosos, y principalmente Fr. Jodoco, en la rebelión de Gonzalo Pizarro» (23).

Conquista es obra de fuerza, de acción de armas, de engaño y de violencia, en que se cuentan, con suerte diversa, vencedores y vencidos. Por esto, generalmente, su simiente produce espinas y cardos, que secan los campos más fecundos.

Si en la virginal América la conquista hubiera sido de amor, de afectuosa captación de voluntades, de convencimiento arraigador del progreso y la cultura, sus jardines serían la envidia del mundo.

«La conquista de América ofrece al historiador preciosos materiales para tejer las más interesantes relaciones; porque ella presenta reunidos los rasgos más variados que acreditan la grandeza y poderío de una de aquellas ramas de la raza latina que mejores títulos tienen a apellidarse *romanas*; el espíritu avasallador y el valor impertérrito, siempre y donde quiera: virtudes heroicas al lado de crímenes atroces: el soldado vestido de acero, que da y recibe la muerte con igual facilidad y el misionero de paz que armado sólo con la insignia del martirio domestica los hijos de las seivas» (24).

Consolémonos, sin embargo, de que no todo se ha perdido y de que si flores sangrientas matizaron fatalmente los huertos, quedaron también varias plantas útiles y perfumadas. Procuremos olvidar las hogueras y cadalsos, las picas y las picotas, para reconocer que, al fin, ha concluido por imperar la civilización, al dulce rumor del himno castellano, lengua melodiosa que se esparció, como cascada de notas musicales, por las vastas comarcas americanas.

Las ideas marchan, perfeccionándose, por más que hayan brotado de poco cultivados cerebros, a quienes asistía lógica natural y acentuado sentido común. Pero otros las vertieron admirables e estos feraces territorios, absortos al escuchar palabras de humanidad y adelanto.

Por esta razón, pudiéramos decir que son eternos algunos pensamientos fundamentales, sólidamente asentados en las columnas de la moral humana.

Bastaría, para comprobación, citar algunas doctrinas socráticas, platonianas, aristotélicas, que casi no han cambiado con el transcurso de los siglos y a pesar del trastorno de las civilizaciones.

Los filósofos, dan vuelta a sus ideas, presentan novedad en sus métodos y exposiciones, se vuelven las más de las veces nebulosos, pero, en el fondo, coinciden con lo que ya expresaron sus viejos antecesores.

(23) Id. Libro II. — Nota de la página 404.

(24) M. A. C. (¿Miguel Antonio Caro?) en el prólogo de la obra "Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada a la S. C. R. M. de D. Carlos Segundo Rey de las Españas y de las Indias por el Dr. Dn. Lucas Fernández Piedrahíta, Chantre de la Iglesia Metropolitana de Santa Fe de Bogotá, calificador del Santo Oficio por la Suprema y General Inquisición y Obispo electo de Santa Marta. — Edición hecha sobre la de Amberes de 1688. — Bogotá. Imprenta de Medardo Rivas. 1881".

La caza de ideas conviértese en flamante deporte, cuando la fama brillante seduce a los cazadores. Mas, si con serenidad se medita, lo cazado resulta un cúmulo de antiguas piezas que ya eran sabidas y conocidas en épocas pretéritas.

A lo que hemos de aspirar es a seleccionar las ideas y a volverlas prácticas, a fin de que aprovechen al mayor número y consigan el perfeccionamiento del género humano.

Con buenas ideas, con las que infunden aliento y esperanza, hay que combatir, tomándolas como armas saludables.

Las ideas sombrías, las que propagan el pesimismo y enervan el vigor de las almas, causan mucho daño a quien no se detiene a reflexionar.

Por esto, es muy peligroso que el pueblo las acoja. Son el veneno de nuestra civilización, como alguien dijo. Las ideas han de sacar de la obscuridad a las conciencias. «La tiniebla es muerte, escribió Teófilo Ortega. La vida es luz». Unas ideas engendran a otras y la creación maravillosa se opera. Cazar ideas en el bosque de la metafísica, cazarlas en las alturas de la lógica, aprovecha al hombre que de la reflexión obtiene normas para enderezar su rumbo.

«El hombre sale a la caza de ideas aprovechándose de la nocturnidad. Le tejen tinieblas sus afanes, que no le permiten ver, sino apenas vislumbrar, las claridades en potencia del alma. A no ser por esa nocturnidad, que empaña con neblina indiferente las luces, no regresaría a los abandonados menesteres. De tal manera las ideas le flechan con divinos y seductores venablos. El entreverlas sólo, el rastrear sus huellas, le aupa a cumbres emocionadoras y pone a sus pies de puntillas, con infantil ansiedad. Aunque la evasión no sea completa, basta este entrever e intuir la luz lejana para considerarse en fuga.

«El hombre está así: cercado por las sombras de sus mezquinas preocupaciones, el alma aparece también sepultada en sombra. Anticipo de la muerte, como resumen de la dispersión del hombre en el trabajo absorbedor. En sus manos un libro: un libro que es tanto un proyectil fantástico en dirección de las palideces lunares. El hombre lee: cuando no lee permanece quieto, mira sin ver, reflexiona. Sigue leyendo el hombre. Minuto a minuto va evaporándose en su interior la negrura. En su alma amanecen, con pisadas tímidas, estremecidas claridades. El hombre lee, sigue leyendo. El libro va trasmutándose en algo más y distinto que papel y obra humana. Es bastón y amigo, asidero y maestro, mirador y amada. Más, más aún que ni siquiera explicarse puede. Continúa el hombre leyendo y con deliciosa prudencia la aurora de su alma va quitando con invisibles manos las telarañas opresoras. Como los dedos del reflejo solar en la frente, el hombre se siente rosado por una luz interior, graciosa y suavemente expandida. La penumbra va haciéndose menos punto negro en la lejanía. Es apenas la boca del túnel turbando con las espirales de humo las quietas líneas del panorama. Sigue leyendo el hombre, lee, lee. Hasta que, animoso corredor, rebasa la meta: dobla la última página.

«Entonces se incorpora, retiene el aliento, mira sin ver, se recobra, resume, regresa, y en una divina borrachera de luces, entre la quejumbre de las ideas agonizantes por exprimidas, se siente renacer.»

Por estrechas que ahora nos parezcan, la conquista fué caza de ideas, comercio de ideas, desde que hubo fusión de razas, cambio de corrientes de civilización y de ideales. Nuevos horizontes, costumbres y pueblos dieron lo que de suyo podían dar. El intercambio ideológico se efectuó, con zafia y todo, pero llegó a ser realidad.

La espada del conquistador, incendió, destruyó unas poblaciones para fundar otras. Tal aconteció con la ciudad de Quito, que ya existía muchas centurias antes de que los españoles soñasen con la conquista de estos reinos. Guerras civiles abrasaron gran parte de sus moradas y fueron de intento asoladas otras para no dejar codiciables despojos a los conquistadores.

El ocaso de estas bravas figuras que con su valor fatigaron a la leyenda, convida a reflexionar, no porque en la edad moderna se ha de repetir la absorción de razas y el extinguirse sin remedio, sino porque, al fin, la verdad immanente concluye por dar a cada cual su merecido, bendiciendo a los unos, anatematizando a los otros, en el sereno y definitivo reparto de la justicia, que ha triunfado, como un astro refulgente que nunca se hunde en los mares del olvido.

Alejandro Andrade Coello.

Quito, a 6 de Diciembre de 1934.

MARZO 2 de 1960

Luis Díaz H.